

*Sagrados Corazones*  
PROVINCIA DE ESPAÑA

# Memorias sobre el Buen Padre 3

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

## Sumario

Memorias sobre el Buen Padre (3).....	3
CONTINUACIÓN – 11 .....	3
CONTINUACIÓN - 12.....	6
EPÍLOGO .....	9
CONTINUACIÓN - 13.....	16
NOTA FINAL.....	23
Orígenes de la Congregación .....	24

## Memorias sobre el Buen Padre (3)

### CONTINUACIÓN – 11

Annales 1876 – 77 (pg 327)

Es propio de la verdadera virtud estar expuesta a la persecución. La que viene de los enemigos declarados de la religión es penosa, sin duda, pero parece ligera en comparación de la que se sufre de parte de los falsos hermanos o de espíritus ciegos. Este último sinsabor no le fue ahorrado al Buen Padre. Durante los peores días de la Revolución un gran número de sacerdotes estaban ocultos en Poitiers (eran al menos unos ciento cincuenta). Entre ellos, muchos por sus obras de celo emulaban al abbé Marie-Joseph Coudrin; pero otros, al contrario, censuraban su conducta. Decían: *Este sacerdote es un imprudente; ha de ver que su celo exagerado puede comprometer su ministerio y el de sus compañeros; porque despertando el odio de los perseguidores, puede ocasionar registros más activos.* Lamentos semejantes fueron presentados a la administración diocesana, y algunos vicarios generales, aceptando este aviso, pidieron a sus colegas que se lo prohibieran al Sr. Coudrin. Gracias a Dios el Sr. abbé de Bruneval, que gobernaba entonces la diócesis, en ausencia del obispo de Poitiers, no compartió en modo alguno este criterio. Dio a los delatores una respuesta a la que no tuvieron nada que replicar.

Señores, les dijo, me admira que tachen de imprudencia la conducta del abbé Coudrin, cuando ustedes son la causa, en parte, de los peligros a los que se expone. ¿No le sucede bien a menudo que le hacen llamar para confesarles donde ustedes están ocultos, en lugar de ir a su encuentro ustedes mismos? Yo me sentiría culpable si encadenara el celo de un sacerdote que hace tanto bien.

Y es que efectivamente el Padre Coudrin confesaba un gran número de sacerdotes ocultos entonces en Poitiers; entre los que habían permanecido fieles ante el juramento, más de cuarenta se dirigían con él. Entre los que habían tenido la desgracia de prestar el juramento cismático, varios fueron devueltos por él al seno de la Iglesia; confesaba además más de novecientos laicos y los dirigía por los senderos de la virtud. La confianza que inspiraba era tan grande que fue enviado para recibir la retractación de un párroco y de varios canónigos en los alrededores de Richelieu. Esto es lo que le ofreció la ocasión de ejercer el ministerio en Saint-Maure, como hemos dicho más arriba.

El oficio de confesor, sobretodo para un joven sacerdote, debía de ser difícil en tiempos tan turbulentos; por ejemplo, el abbé Coudrin hubiera deseado poder consultar más a menudo a la autoridad eclesiástica. Obligado a obrar por propia iniciativa en muchas circunstancias, tenía cuidado de someter su decisión después de realizada, con el fin de aclararse para el porvenir. Pero el Sr. Bruneval, al que tenía costumbre de dirigirse, no encontraba ordinariamente nada que reprender en su conducta: Continudad, le decía, obrando como lo hacéis; son los verdaderos principios los que estáis siguiendo. El Espíritu de Dios os guía: seguid escuchándole.

El vicario general tenía una tal confianza en la virtud y las luces del abbé Coudrin, que no titubeó en confiarle una de las decisiones de las más delicadas, la de exorcizar a una persona que parecía poseída del demonio. Este hecho ha sido narrado, con todo detalle, en una carta de Mons. de Beauregard, obispo de Orléans, que entonces era colaborador y hasta discípulo del abbé Coudrin. He aquí en sustancia su relato:

“En 1801, veía a menudo a la Grand’ Maison (convento de los Sagrados Corazones) la Srta. ...., a cuya madre conocía particularmente. Me parecía estar sufriendo y triste: su agotamiento, a veces, era tan grande que debía apoyarse sobre la muralla para sostenerse. Hablé de ella una vez con el Sr. Coudrin que no respondió a mi curiosidad. Un día sin embargo viendo a esta muchacha más agotada que de costumbre, volví a la carga con una nueva pregunta. Entonces el abbé Coudrin me dijo: Es que ha soportado rudos combates de parte del demonio; por orden expresa de Mons de Bruneval, tuve que exorcizarla. Añadió que había adquirido la certeza de la posesión por varios signos, entre ellos estos principales: El demonio respondía en latín por medio de esta muchacha que desconocía esta lengua. La precipitó una noche de lo alto de una ventana elevada a más de cuarenta pies sobre el pavimento, sin dañarse para nada. Una vez, el mismo Sr. Coudrin se encontró en el aire mientras hacía los exorcismos y transportado alrededor de la habitación.

“Los exorcismos se hacían en presencia de dos mujeres prudentes y piadosas y ante el Sr. Roulleau, digno amigo del abbé Coudrin y fiel compañero en las circunstancias difíciles. El demonio fue muy obstinado y ni no cedió sino tras una larga resistencia. Un día este espíritu maligno se atrevió a reprochar al ministro de Dios que estaba en estado de pecado. Mientes, le respondió el exorcista, porque me he confesado y la sangre de Jesucristo ha borrado mis pecados. Contándome este detalle, el santo sacerdote añadía con una humilde franqueza: Hay al menos un pecado del que no hubiera podido acusarme: Dios me ha hecho la gracia de no conocer el pecado impuro”.

“Durante los exorcismos, no tocó mas que con el extremo de su estola o su birreta a esta persona, que por lo demás era una piadosa muchacha. Pero esta simple acción ponía al demonio furioso. El exorcista le preguntaba varias veces su nombre sin obtener respuesta. Pero el abbé Coudrin habiéndole por fin preguntado en el nombre de Jesús muerto por todos los hombres y del amor con que su corazón sagrado estaba abrasado, el demonio obedeció y se nombró el espíritu impuro.

“A menudo cuando el santo sacerdote recitaba con fe las fórmulas más eficaces, el demonio gritaba por la boca de la exorcizada: Urges me, pessime (¡Maligno! cómo me aprietas!) Pero las palabras que parecían irritar con más fuerza al espíritu infernal eran las siguientes: “Te conjuro en el nombre de Jesucristo a quien amo, a quien espero amar siempre, y del que espero ser amado por toda la eternidad donde espero verle y en el que tú no le amarás jamás”. Ante estas palabras el demonio entraba en furor, pero resistía todavía.

“Prometió por fin salir, añadiendo sin embargo, que el exorcista y la exorcizada corrían un gran peligro. Salió efectivamente cediendo al soberano poder de este acto de fe, de esperanza y de caridad que le hacía sufrir cruelmente.

“En cuanto a la amenaza que había hecho, no tardó en cumplirse, efectivamente, pocos días después, dos hombres se precipitaron sobre el Abbé Coudrin para arrestarle y solo con mucha dificultad logró salvarse. En cuanto a la muchacha, fue realmente arrestada en la calle por dos hombres que querían insultarla Ella recurrió entonces a la Sma. Virgen, y estos malhechores la dejaron irse, pero después de haberla roto dos dientes. “Este suceso aumentó mucho la fe y la confianza del Sr. Coudrin; porque después de haberme hecho la confidencia, añadió estas notables palabras: Ahora pasaré sin temor a través de las espinas.

Esta carta de Mons. de Beauregard, dirigida a uno de nuestros hermanos, está fechada el 14 de noviembre 1837. Algunos meses antes, el 30 de mayo del mismo año, escribía a este religioso, en una carta de pésame por la muerte del Buen Padre: “Habéis notado que en el transcurso de esta carta he llamado al Sr. Coudrin, el sacerdote inocente. Es porque, en efecto, Dios le había preservado de todo lo que puede mancillar la inocencia; y en la intimidad de la amistad me había hecho la confidencia: Era a propósito de una señalada victoria que había alcanzado sobre el demonio, arrojándole del cuerpo de una santa muchacha. El demonio cedió ante su inocencia.

Esta primera comunicación, que hacía de este modo el ilustre obispo de Orléans, provocó una pregunta a la que respondió con una segunda carta. Ignoramos la época precisa del suceso en cuestión; pero combinando diversas circunstancias, se llega a la conclusión que debió acontecer hacia 1794, en lo más fuerte de la Revolución.

Además del dominio sobre el demonio, Dios había ya favorecido a su servidor con un cierto don para el discernimiento de los espíritus. Un ejemplo: La superiora de las hermanas de la Sabiduría, a quienes estaba confiado el hospicio de Los Incurables en Poitiers, había hecho venir con ella a una de sus sobrinas con la esperanza de verla entrar en su Instituto y continuar allí el bien que ella hacía desde hace mucho tiempo. Pero la joven no sentía ningún atractivo por este santo estado, para el que tenía sin embargo una verdadera aptitud. Temiendo resistir a la voluntad de Dios y caer en una red del diablo, quiso consultar al abbé Coudrin. Este, después de haber examinado la cuestión, respondió con seguridad a esta joven: “Os aseguro que seréis Hija

de la Sabiduría. Rezaré por vos con esta intención". Súbitamente cambiada por esta respuesta, la sobrina ya no deseaba otra cosa que consagrarse a Dios caminando sobre las huellas de su tía. Entró efectivamente en la misma Congregación y tuvo la felicidad de hacer la profesión en Saint-Laurent sur Sèvre, casa madre del Instituto.

El hecho siguiente viene también en apoyo de lo que acabamos de narrar: Durante la guerra de la Vendée, un cierto abbé Folleville fue a refugiarse a Poitiers donde se dio el título de obispo d'Agra, diciendo que prelados católicos le habían consagrado en Saint-Germain y que el Papa le había nombrado vicario apostólico en Francia para las diócesis del oeste. Por medio de ciertos artificios, había logrado engañar no solamente a los fieles, sino también a los sacerdotes. El abbé Coudrin habiendo estado visitándole, no tardó en concebir sospechas sobre la autenticidad de tan singular personaje. Se dio cuenta de que jamás se le veía con el breviario entre las manos, ni tan siquiera en su habitación. Pero lo que acabó de abrirle los ojos, fue que un día, habiendo ido a consultarle, le sorprendió en una actitud que nada tenía de episcopal: ¡Su Grandeza estaba bailando! Alegó la necesidad de disimular su categoría. El medio estaba sin duda bien escogido. Todo rojo por el ejercicio que acababa de realizar y más o menos descubierto por la llegada repentina del importuno visitante, el pretendido obispo d'Agra dijo una palabra que le hizo caer en flagrante delito de mentira: ¡Ah! Monseñor, dijo entonces el abbé Coudrin, estas no son las palabras ni las acciones de un obispo. Monseñor de Folleville partió a la mañana siguiente. Pasó a la Vendée donde engañó a los jefes del ejército realista; fue hecho prisionero enseguida por los republicanos, y pereció en el cadalso.

## CONTINUACIÓN - 12

Annales 1876 – 77 (pg 417)

Leemos en el santo Evangelio que un día se llevó ante los apóstoles a un joven poseído por el demonio, para que le librasen por el poder de los exorcismos; pero no llegaron a conseguirlo. Habiendo llegado Nuestro Señor ordenó al espíritu inmundo que se marchara y se vio obligado a obedecer. Entonces el Salvador reprochó a los discípulos su poca fe y a continuación les dio este consejo: "Este género de demonios no son arrojados mas que por el ayuno y la oración."

Hemos visto, según el testimonio de Mons. de Beauregard, obispo de Orléans, qué dominio había ejercido nuestro piadoso fundador para con una poseída. De lo cual podemos ya concluir que este bienamado Padre debía de ser un hombre de oración. Los hechos apoyan esta conjetura legítima; es lo que narra efectivamente, su biógrafo que fue también uno de sus primeros discípulos.

"Ocupándose por la salud de los otros, el venerable sacerdote no olvidaba su propia santificación. Ya he dicho que consagraba un tiempo considerable a la

oración y sobretodo a la oración mental, cuando no estaba impedido por las ocupaciones urgentes de su ministerio. A menudo, después de haberse entregado todo el día a las confesiones y a la predicación, y de haber empleado una parte de la noche en visitar a los enfermos, pasaba el resto prosternado ante el Santísimo Sacramento. Cuando permanecía en Poitiers en la casa de las damas piadosas donde se escondía, muchas veces se retiraba durante la noche a la pequeña sacristía que daba a la capilla y permanecía allí en oración varias horas seguidas. La divina presencia la había convertido en una feliz costumbre. Estaba persuadido en su humildad, que todos los otros eran como él. Bastante después, en 1801, como le hablé de la dificultad que encontraba en hacer oración, porque estaba continuamente asediado por las distracciones que, desgraciadamente, no siempre eran involuntarias, me pareció que se sorprendía. – “No sé, me decía, cómo hacéis. Para hacer oración, hay que aproximar el corazón al Dios bueno. Cuando le hablo, añadí llevándose la mano al corazón, siento que funciona”. – El Señor le comunicaba con frecuencia consolaciones espirituales en la oración; pero ordinariamente, era una prueba de que tendría pronto grandes cruces. Por eso, nos decía un día, en 1801 o 1802: “Dios me concede muchas gracias; no sé que quiere decir esto: si este estado durase como unos cuatro días, se estaría como en el paraíso; pero es un anuncio de que habrá tormenta”.

Se daban también algunos otros favores que Dios ha acordado a diversas personas por intermedio del buen Padre, sin duda para preparar los caminos a la obra que iba a emprender bajo su inspiración.

En 1795, la pequeña reunión que dirigía el abbé Coudrin cambió de casa y fue a establecerse en la calle de Moulin-à-Vent. Entre las personas que componían esta asociación se encontraba una señorita Marsault que después fue novicia en la casa de los Sagrados Corazones, con el nombre de Pelagia. Un día se hirió la mano con unas tijeras cuya punta penetró tan profundamente que se contrajeron los nervios en la palma de la mano. Un cirujano que fue consultado le dijo que probablemente quedaría inutilizada para toda la vida. Le aconsejó sin embargo que hiciera un viaje a París donde quizás podrían encontrar otro medio de curarla. Lleno de confianza en el poder del Sagrado Corazón de Jesús, el abbé Coudrin intentó una especie de cura diferente: hizo venir a la enferma y en presencia de una de sus compañeras, la Srta. Lussa de la Garelie, le puso en la mano un bordado en lana que llevaba la imagen del sagrado Corazón, diciéndola: Si tenéis fe, os curareis. La Srta. Marsault rodeó su mano en esta santa imagen, con la ayuda de un pañuelo; después se fue a orar ante el santísimo Sacramento. Hacia la noche, nuestro piadoso fundador la hizo llamar de nuevo. En esta segunda entrevista estaban presentes la Srta Lussa y esta buena joven llamada Reine, que se había confesado con el abbé Coudrin cuando éste iba a dejar su retiro de la Motte d’ Usseau (ver Annales, T. II, p. 231). Cuando estas tres personas estuvieron juntas ante él, el buen Padre le pidió que abriera la mano enferma, y agarrando los dedos estropeados, los retiró de un tirón de la palma de la mano. La Srta. Marsault sintió entonces un vivo dolor que la hizo dar un grito. Ya veis, dijo el abbé Coudrin, estáis curada, lo que repitió por dos veces. Efectivamente, no tenía allí ningún vestigio de llaga, sino solamente un poco

de polvo que quedó en la palma de la mano. Una curación tan repentina no parecía en modo alguno natural: por eso fueron enseguida a la capilla, para dar gracias a nuestro Señor y a su Santa Madre con la recitación del Salve Regina. El analista que contó este hecho hizo añadir lo que sigue: "La Srta. Lussa me habló de esta curación, en 1801; y el Sr. Coudrin no pudo reconocerme la verdad sobre ello. Le he oído a él mismo confesar todas las circunstancias, pero atribuyendo este milagro (porque él lo creía como tal) a la fe viva de la Srta Marsault".

Algún tiempo después, el abbé Coudrin fue llamado a cinco lugares de Poitiers, para confesar a la Srta. de Richique Voisin que estaba gravemente enferma. Yendo de camino fue encontrado por otro viajero que, al verle vestido de negro, le tomó por un médico y le pidió permiso para hacer el camino con él. Como ambos caminaban a caballo, el compañero de viaje del abbé Coudrin empezó a proferir palabras de una impiedad indignante: vomitaba blasfemias horribles y llegaba hasta negar la existencia de Dios. Nuestro piadoso fundador no pudo sufrir semejantes discursos e intentó hacer callar a su desgraciado interlocutor. "Si usted no fuera tan joven, le replicó, os tomaría por un sacerdote". El abbé Coudrin no tenía entonces más que veintisiete años y el candor de su rostro le hacía parecer más joven de lo que era. – Después de todo, añadió el viajero, si sois sacerdote, no sois un sacerdote constitucional; porque si lo fuerais pensaríais como yo". Continuó con el mismo tono, diciendo que desearía ver inmolados a todos los sacerdotes y que para él si se encontrara con uno en el camino, no le perdonaría. Estaba pronunciando estas palabras, cuando su caballo dio un paso en falso, le arrojó en una fosa muy profunda y cayó sobre ella. La caída fue tan fuerte que la cabeza del viajero se encontraba toda ensangrentada. El abbé Coudrin descendió rápido de su montura y voló en socorro de su desgraciado compañero; pero solo con gran esfuerzo logró retirarle de la fosa y restañar con su pañuelo la sangre que salía de su herida. Cuando hubo realizado estos primeros auxilios, le declaró que él era uno de esos sacerdotes contra los que acababa de despotricar con tanta violencia; después le aclaró que este accidente era un castigo de la justicia divina y le exhortó a pedir a Dios perdón por sus blasfemias. Impactado el impío, al menos de momento, manifestó su arrepentimiento y prometió no volver a cometer la misma falta. Como parecía pobre, el buen Padre le dio una limosna antes de dejarle.

Después de despedirse de este triste compañero de viaje, el abbé Coudrin se metió por un sendero lateral, para no comprometer a la casa a la que debía ir. Habiendo llegado ante la Srta. Richique Voisin, la encontró sin conocimiento. Al no poder recibir ninguna respuesta a las preguntas que la hacía, echó mano de un recurso que días anteriores le había dado buen resultado. Como llevaba consigo la imagen del Sagrado Corazón que había curado a la Srta. Marsault, la aplicó con fe sobre la enferma que recobró enseguida el uso de la palabra y recibió piadosamente los últimos sacramentos. Perdió de inmediato el conocimiento y expiró a los pocos momentos.



## EPÍLOGO

Los hechos que acabamos de narrar hasta aquí pertenecen a lo que podría llamarse vida oculta de nuestro bienamado Padre. Fue en la oscuridad más completa y con la ayuda de los más vulgares disfraces, como pudo ejercer el santo ministerio en medio de los horrores de la impiedad revolucionaria. Es así como preludiaba proféticamente los trabajos evangélicos de sus hijos que un día deberían afrontar otros peligros entre los antropófagos de Oceanía. Escogido por Dios para fundar una Congregación en que sus miembros unirían la vida contemplativa con la vida activa y se consagrarían especialmente a la adoración reparadora del Santísimo Sacramento del altar, puede decirse que él permaneció durante casi cinco años llevando casi siempre sobre su pecho el pan de vida que daba en viático a los enfermos a quienes podía acercarse. Como debía también hacer conocer y amar al Sagrado Corazón de Jesús, jamás se olvidó, en sus predicaciones, de hablar de las infinitas misericordias de su divino Salvador. Llamado a arrojar al demonio, le persiguió y le acorraló en el nombre del Sagrado Corazón, y le atormentó sin medida recordándole las santas alegrías del amor de Dios que este espíritu de la maldad había perdido para siempre. Es también con la imagen del Sagrado Corazón como obtiene curaciones singulares que su gran humildad se vio obligada a reconocer.

Damos, pues, gracias a Dios, de que haya querido ponernos ante los ojos un modelo tan bello; nos esforzamos por caminar sobre las huellas de nuestro buen Padre, siendo como él ángeles de pureza y de fervor al pie del tabernáculo, para ser también apóstoles en nuestro entorno por la actividad infatigable de nuestro celo.

Pero después de haber recogido estas preciosas enseñanzas, debemos proseguir nuestro estudio y entrar en otro período de la vida de nuestro fundador. Es decir que vamos a ver por qué medios y a través de qué dificultades, este venerable sacerdote llegó a realizar el plan que Dios le había manifestado, primero de una manera un tanto confusa, pero que progresivamente fue desvelándose ante sus ojos.

### CONTINUACIÓN - 13

Annales 1876 – 77 (pg 489)

Hemos ya llegado a la época en que comienza, en la vida de nuestro piadoso fundador, el primer ensayo de la obra que debía penosamente edificar. Como se trataba de establecer una congregación religiosa destinada a reparar las ruinas que la revolución acababa de acumular, juzgó Dios que sería bueno dar a este celoso sacerdote una digna cooperadora que fuera la Madre de un enjambre de vírgenes cuyas plegarias fecundarían los trabajos de sus hermanos, mientras que ellas mismas por su parte se entregarían a la educación de los niños y jóvenes de su sexo. Henriette Aymer de la Chevalerie es el nombre de la fundadora. Antes de dar a conocer cómo le fue

manifestada la voluntad del cielo, debemos decir algunas palabras de su familia y de los años que precedieron a su vocación.

Luise-Victoire-Catherine-Monique Aymer de la Chevalerie, nació el 11 de agosto 1767 en el castillo campesino de la Chevalerie, parroquia de Saint-Georges de Noisé diócesis de Poitiers y fue bautizada el 14 del mismo mes. Su familia era una de las más antiguas del Poitou; su padre, Sr. Louis-René Aymer de la Chevalerie, era capitán del regimiento de Piémont. A los veinticuatro o veinticinco años, obtuvo la cruz de Saint-Louis en el campo de batalla. Había combatido contra los enemigos a la cabeza de su compañía con tanto ardor que casi todos los soldados que le seguían perecieron en el combate. La madre de la Srta. Henriette, Louise Gigon de Venzansai pertenecía igualmente a una familia distinguida.

El señor y la señora Aymer tuvieron tres hijos. El mayor, Sr. marqués Louis Aymer de la Chevalerie, nació en 1763, fue durante su juventud paje del rey. Emigró en 1790, y combatió bajo las banderas del príncipe de Condé, que conservó siempre para él una gran estima. Era caballero de Saint-Louis y du Phénix. Después de la Restauración fue mariscal de campo y procurador de Versailles. Murió en el palais Bourbon, el 14 de abril 1818, a la edad de cincuenta y cinco años.

El Sr. Dominique, último hijo de los Srs. de la Chevalerie, había sido en su juventud paje de la reina. Pasó a Guadalupe (Santo Domingo) antes de la Revolución, estuvo allí durante un largo tiempo y no volvió a Francia mas que después del retorno de los Borbones. Fijó inmediatamente su residencia en París, donde se encontraba en relaciones más directas con su virtuosa hermana, la Reverenda Madre Henriette, hacia quien conservó siempre un vivo afecto. Tuvo el dolor de perderla el 23 de noviembre 1834; al año siguiente, por la misma época, hizo trasladar su cuerpo a la tumba familiar en que reposa todavía hoy, a la entrada del cementerio de Picpus<sup>\*</sup>. Estas frecuentes visitas a nuestra casa-madre (sic) establecieron relaciones bastante continuas entre el P. Coudrin y el Sr. Dominique Aymer. Este rogó a nuestro fundador que quisiera ser el director espiritual de su conciencia y, en 1836, le hizo una confesión general de toda su vida. La muerte vino a arrebatarse, en marzo 1837, este sabio director espiritual. Al no poder ya aprovechar más de sus consejos, quiso al menos respirar la atmósfera que embalsamaba la casa en que él había rendido su último suspiro. Hacia finales de 1838, tomó una habitación en Picpus, no queriéndose ocupar mas que del gran acontecimiento de su salvación. El debilitamiento de su salud le hizo entonces comprender que su muerte estaba próxima, por lo que pidió ser enterrado en la tumba en que reposaban el Padre Coudrin y la Madre Henriette; porque, decía, las personas que hayan de venir a rezar allí, tendrán sin duda la caridad de pensar un poco en mí (?) (sic). En el mes de Marzo 1839, enfermó, recibió con piedad los últimos sacramentos y el 2 de abril siguiente expiró lleno de confianza en la divina misericordia, habiendo conservado su conocimiento

---

\* Noticia nueva para el traductor, leída aquí por vez primera vez: ¿dónde o en qué espacio encuentra?

hasta el último suspiro. Su cuerpo fue depositado al lado del de su venerable hermana, conforme al deseo que había expresado. Entre otros hijos, dignos émulos de su virtud, este excelente cristiano tuvo una hija que sucedió a la Madre Henriette varios años después de la muerte de esta fundadora \* . Tales eran los sentimientos que se transmitían en herencia en la familia Aymer. La educación de la Srta. Aymer tuvo como base estas buenas tradiciones. Habiendo perdido a su padre, a la edad de diez años, fue colocada por su madre, en Poitiers, en la abadía de Sainte-Croix, donde recibió una brillante instrucción. Tuvo una pronunciada inclinación por la música; y los progresos que hizo en ella fueron tan señalados que, en poco tiempo, después de salir de la abadía, compuso dos misas que fueron ejecutadas en la catedral de Poitiers.

En esta ciudad es donde habitaba la Sra. Aymer desde la muerte de su esposo. Le gustaba el gran mundo de sociedad y frecuentaba los círculos más brillantes; su hija debía acompañarla; pero era a disgusto, porque ya ella se sentía atraída hacia una vida de soledad y de silencio: es el testimonio que le ha rendido María Champigny, hija de su aya y ama de llaves.

Para complacer a su madre, la Srta. Aymer debía pues cuidar su arreglo externo; hacer muchas visitas y aparecer por los bailes. Nada le faltaba de cuanto se necesita para agradar al mundo: voz armoniosa y bien cultivada, encanto en su rostro, espíritu vivaz y alegre, carácter franco y abierto, pero por encima de todo una gran bondad de corazón. Por eso se la buscaba con solicitud en la alta sociedad.

A pesar de su inclinación por una vida más seria, Henriette Aymer no dejaba de tomarle algún gusto insensiblemente a las vanas diversiones del siglo: era lo que más tarde llamó *los extravíos de su juventud*.

En 1789, cuando tenía veintidós años, fue admitida en la Orden de Malta con el título de canonesa, al que iba unido el de condesa: era una distinción muy estimada en aquella época.

Este era el estado de la joven Henriette Aymer de la Chevalerie cuando estalló la tormenta de la revolución sobre Francia. Los sacerdotes fieles a su deber tenían entonces, para evitar la muerte, que exiliarse o esconderse.. Uno de ellos encontró generosa hospitalidad en la casa de las Sras. Aymer, situada en la calle Hautes Treilles. Ocultar a un sacerdote católico, era un crimen capital. Denunciadas por este hecho, estas damas fueron arrestadas y puestas en prisión. Su título de nobleza agravaba con seguridad su culpabilidad. Era por tanto probable que de la cárcel fueran al patíbulo. Desde el comienzo de esta detención la Srta. Henriette se dedicó a suavizar sus rigores en relación con su madre, por la delicadeza de los cuidados con que sabía rodearla.

---

\* Se trata de Gabrielle Aymer de la Chevalerie, nacida el 02.02.1808 en Guadalupe (Santo Domingo), elegida superiora general tras el cisma el 17.12.1853, fallecida el 28.07.1866 en Picpus (París).

Sin embargo, cada día, la partida de algunas víctimas, recordaban a las que se quedaban, la suerte que les esperaba. Viéndose así en presencia de la muerte, la Srta. Aymer hizo un camino de vuelta serio sobre sí misma. Fue entonces cuando el abbé Coudrin y sus compañeros consiguieron introducirse en la prisión, como lo hemos recordado anteriormente aquí (T.III, p. 161) Nuestra reclusa aprovechó este favor para hacer una confesión general a uno de los valientes sacerdotes, que se cree fuera el Sr. abbé Soyer, después obispo de Luçon; recibió a continuación la santa comunión, después de lo cual esperó con calma el cumplimiento de la voluntad del Señor.

Así estaban las cosas cuando una circunstancia imprevista hizo brillar un resplandor de esperanza ante los ojos de las dos prisioneras. Tenían por compañera de cautividad a una señora de Poitiers, heredera de un gran apellido, pero que se había dejado desgraciadamente engañar por los errores del momento. Esta condescendencia culpable, no le había sido suficiente para encontrar gracia ante sus perseguidores, por lo que su posición era tanto más penosa, ya que no encontraba consolación ni en el testimonio de su conciencia, ni en la sociedad de las personas que compartían su suerte, porque éstas no intentaban ocultar la repulsa y el menosprecio que su conducta les inspiraba. La Srta. Henriette, no escuchando más que a su buen corazón, se esforzó por consolar a esta persona, esperando conducirla a mejores sentimientos con su buen proceder. Si no consiguió completamente su piadoso deseo, se ganó el agradecimiento de aquella a quien prodigó las señales de una benevolencia tan desinteresada.

Poco tiempo después, habiendo salido de la cárcel, esta señora fue a pedir al Presidente del tribunal la liberación de su amiga con la de su madre. Este funcionario respondió que el asunto no estaba en su poder, pero que haría diferir el juicio de las dos prisioneras en cuestión; que es lo que hizo dejando de lado el informe que las concernía.

Otra circunstancia contribuyó a esta preservación providencial. El conserje de la prisión tenía una hija pequeña. Esta niña se encariñó con la Srta. Henriette que por bondad jugaba con ella y le cantaba para divertirla. La madre de la niña, emocionada por esta atención, impulsó a su marido a que salvara a las dos Sras Aymer. *Tú sabes, respondió éste, que no puedo abrirle las puertas de la prisión sin exponer mi vida ni la tuya. Pero te prometo no ponerlas en mi lista en tanto en cuanto tenga otros nombres que presentar.* El poder del carcelero era grande en aquellos días de siniestra memoria; aquel de quien acabamos de hablar hizo uso de él como lo había dicho.

Sin embargo la prisión se vaciaba cada día con las nuevas ejecuciones; no quedaban más que dieciocho víctimas que inmolar, cuando la venganza divina golpeó al principal instigador de estas atrocidades. La caída de Robespierre tuvo lugar, como se sabe, el 9 thermidor (27 de julio 1784). A partir de ese momento la persecución se frenó, pero no cesó totalmente en la ciudad de Poitiers. Las Sras. Aymer permanecieron entre rejas hasta el mes de noviembre 1794.

Desde que recobró su libertad, la Srta. Henriette se apresuró a cumplir las buenas resoluciones que la gracia de Dios la había inspirado. Rompió totalmente con el mundo, y compartió todo su tiempo entre la oración y los cuidados que tenía con su madre. Admitida a la comunión frecuente, y hasta cotidiana, intentaba por todos los medios poder oír la santa misa, lo que no era fácil en aquellos tiempos de persecución; también soportó en diversas tentativas penosos rechazos. Desde que llegó a descubrir un lugar de escondite en que estaba oculto el Divino proscrito, iba a hacerle compañía y pasaba largas horas en su presencia. Recibió desde entonces, como recompensa de esta asiduidad a la adoración del santísimo Sacramento, gracias particulares que la elevaron a un muy alto grado de oración. No tuvo en sus comienzos otro Maestro que Nuestro Señor Jesucristo mismo, porque experimentaba un extrema dificultad en abrirse a otro, aún a su confesor, sobre las disposiciones íntimas de su alma. Por otro lado sus confesiones eran cortar y espaciadas; se acusaba simplemente de sus faltas, sin hablar de su estado de oración, creyendo que todas las otras la hacían como ella. Leía poco y no hacía largas consideraciones; un solo pensamiento era suficiente para ocuparla días y hasta meses enteros. El de sus pecados aparecía a menudo en su espíritu, sobretodo al comienzo de su conversión; amaba unirse a los sentimientos de Magdalena la penitente. Nada se le pasaba por alto; y cuando se acusaba de una falta, se podía estar seguro que no volvería caer en ella con propósito deliberado. Su unión con Dios era tan grande que casi nunca perdía de vista su presencia. Este es el testimonio que atribuye a la Madre Henriette una de sus primeras compañeras, la Srta. Gabriel de la Barre.

Sin embargo no convenía que esta alma privilegiada fuera abandonada, sin otro guía que las solas luces del Espíritu Santo. Una situación semejante no tardaría en convertirse en peligrosa, a la vista de nuestra debilidad y de los ardidés del demonio, porque Satán puede transformarse en ángel de luz; por eso, ordinariamente, Dios no permite este estado de cosas mas que de un manera transitoria; como envió a Pablo a Ananías, del mismo modo da un director de su propia elección a las personas que llama a una perfección singular. El P. Coudrin era aquel que el Señor destinó la Srta. Henriette. Poco tiempo después de su salida de la prisión, habiéndose ausentado su confesor, debió de escoger otro. Le indicaron varios, entre ellos el P. Coudrin, sin ocultarle que se trataba de un hombre de una rígida austeridad. *Eso está bien porque eso es lo que necesito*, replicó ella sin la menor vacilación. Comenzó a dirigirse con él en el mes de noviembre 1794. No contenta con abrirle su interior, tanto cuanto podía, le gustaba asistir a sus instrucciones, no por satisfacer una vana curiosidad o por un atractivo sensible, sino para aclararse en los caminos de Dios. Encontraba allí la confirmación de las luces que recibía en la oración. *No me engañó, decía, ya que predica como rezo*. También le gustaba repetir que, para aprovechar los sermones del Sr. Coudrin, antes era necesario ponerse en oración. Es que efectivamente las predicaciones de nuestro piadoso fundador tenían una unción tan penetrante que era evidente que el Espíritu Santo hablaba por su boca y había antes que poseerlo para comprenderle\* .

---

\* Véase la pg. 38.

Pero no era simplemente la dirección personal de la Srta. Henriette lo que Dios se proponía al conducirla hacia el Padre Coudrin; en los proyectos del Señor, estas dos almas estaban predestinadas a trabajar juntas en una obra común, el establecimiento del Instituto de los Sagrados Corazones. Hemos dicho más arriba (Y. II, p, 227, etc) cómo el primer plan de esta sociedad fue manifestado a nuestro fundador en su oscuro reducto de la Motte d' Usseau. No tardó en reconocer en la Srta. Henriette Aymer de la Chevalerie, a la cooperadora que el cielo le enviaba. Fue sin duda por consejo suyo por el que pidió ser admitida en esta Asociación del Sagrado Corazón de Jesús, de la que hemos hablado, y cuyos miembros habían ofrecido hospitalidad al Padre Coudrin cuando éste llegó para fijar su residencia en Poitiers. Esta piadosa confraternidad, por ser hasta cierto punto la cuna de nuestra congregación \*, a pesar de los obstáculos que puso para su verdadera creación, no podemos dispersarnos de hablar de ella con algún detalle. Poco tiempo antes del cierre de las iglesias, la Srta. Suzanne Geoffroy, había tomado la resolución de formar en Poitiers una sociedad destinada a remplazar los conventos que la Revolución acababa de cerrar. Comenzaron en 1773 a reunirse en la calle d'Oléron, para adorar allí al Santísimo Sacramento y rendirle sus homenajes al Sagrado Corazón de Jesús, en un modesto oratorio que su oscuridad lo ocultaba a los ojos de los enemigos de la religión. Poco después se esforzaron en unir a la oración algunas obras de caridad. Ningún eclesiástico estuvo al principio a la cabeza de este proyecto, y cada una de sus jóvenes muchachas hacían el bien lo mejor que podían bajo la orientación de su confesor. Socorrían en la medida de sus posibilidades a los sacerdotes que tenían ocultos en la ciudad de Poitiers. Muchos de estos señores venían en secreto a celebrar los santos misterios en el santuario en que se reunían sus bienhechoras; sostenían también su celo con piadosas exhortaciones. La cofradía contaba además en su seno a varias mujeres casadas que iban de tiempo en tiempo al centro de la reunión.

En esta época, el obispo de Poitiers, Mons. de Beaupoil de Saint-Aulaire, gemía en el exilio, muy lejos de su rebaño. El Sr. abbé de Bruneval, su vicario general, era quien administraba la diócesis en su ausencia; pero las relaciones de los fieles con la autoridad eclesiástica eran entonces muy difíciles; cada sacerdote en comunión con los superiores legítimos tenía una especie de mandato habitual del que usaba de la mejor manera bajo su responsabilidad personal. Es lo que explica la ausencia de una reglamentada organización en la Asociación del Sagrado Corazón en su comienzo.

Para suplir, en cuanto era posible, a falta de aprobación oficial, varios sacerdotes se reunieron y formaron un consejo que tomó la dirección de la obra con la conciencia tácita de la administración diocesana. Unos de ellos fue elegido decano; sus poderes, que se limitaban a convocar y presidir las reuniones, le eran concedidas por tan solo un año. Se eligió igualmente una superiora entre las celadoras y la elección recayó sobre la Srta. Geoffroy.

---

\* Apreciación con la que no está de acuerdo la Hermana Gabriel de la Barre. Véase después pg. 54.

Por el mismo tiempo, la obra fue organizada sobre estas bases: Se formaron dos despachos; el de caridad, que proveía a las necesidades de los sacerdotes y de las religiosas, y el de enseñanza, que se ocupaba en sacar de la ignorancia a algunos niños en materia de religión, deplorable consecuencia de la desgracia de aquellos tiempos. Se estableció también la adoración perpetua del Santísimo Sacramento; las asociadas que permanecían en la casa común, se entregaban a este piadoso ejercicio durante la noche; las otras se repartían entre ellas las horas del día. Esto dio origen a dos clases principales, la de las internas y la de las externas; la primera comprendía, además de las adoratrices que habitaban bajo el mismo techo, varias de sus compañeras que pasaban con ellas la mayor parte de la jornada y seguían su reglamento. Las externas, al contrario, vivían habitualmente en sus familias, y no se comprometían más que a hacer acto de presencia en las asambleas generales, que tenían lugar una vez al mes.

Era en estas reuniones mensuales donde se hacía la distribución del trabajo y se tomaban resoluciones para el progreso de la obra, bajo la dirección del consejo de los eclesiásticos. Como estos señores tenían todos una misma autoridad y como todas las decisiones se tomaban por mayoría de sufragios, resultaba de ello una cierta fluctuación perjudicial para el fin que se pretendía alcanzar.

Así se encontraba el estado de esta cofradía cuando el Sr. abbé Coudrin se agregó a ella, en el mes de abril 1794. Encontró allí compañeros celosos, entre los que varios habían compartido sus trabajos apostólicos y con los cuales se sentía feliz de ligarse de una manera más estrecha. Estos señores, por su lado, tenían una total estima por su virtud; le dieron una prueba al rogarle que remplazase en sus funciones a su decano que estaba ausente.

Si nuestro fundador no hubiera visto las cosas más que con las luces de la prudencia humana, hubiera podido creer que esta Asociación iba pronto a entregarle las primeras piedras del edificio del que se había hecho un plan. Estos buenos sacerdotes que le rodeaban con su estima y le tomaban espontáneamente por su jefe, ¿no eran aquellos misioneros de los que se vio rodeado durante sus santos ensueños que le obsesionaban a cada instante, según la confesión que hizo él un día a Mons, de Beauregard, entonces vicario general de Poitiers? (T. II, p. 236) Y las fervientes celadoras del Sagrado Corazón, ¿no se convertirían por su adoración perpetua, por sus despachos de caridad y de enseñanza, en las cooperadoras de un ministerio dirigido hacia la restauración religiosa de una sociedad minada por la impiedad moderna?

No aseguraríamos que estos pensamientos hicieron una profunda impresión en el espíritu del Padre Coudrin; pero bien podemos decir que esta espera no fue de larga duración, si es que alguna vez fue concebida seriamente.

Efectivamente, en cuanto a los eclesiásticos, casi ninguno de los primeros colaboradores de nuestro Buen Padre ni soñó enrolarse en las filas de un instituto religioso. La mayor parte de ellos, antes de la Revolución, ocupaban en el clero secular posiciones honorables, que habrían esperado recuperar cuando hubieran llegado días mejores. Entre las asociadas, ciertamente había algunas almas de élite, pero ninguna parecía tener cualidades requeridas para

una fundación; y además los elementos eran tan diversos y tan entremezclados que era difícil prever el partido que se podría sacar de ellos.

A pesar de esto, el Padre Coudrin se aplicó, cuanto mejor pudo, al cultivo de estos primeros gérmenes. Ya hemos dicho cómo consagraba el domingo a piadosos ejercicios provechosos para las asociadas que le daban hospitalidad, yendo a continuación los otros días de la semana a llevar los socorros religiosos a diversos barrios de la ciudad. Si encontraba en sus correrías evangélicas almas más generosas que deseaban con ardor hacer el bien, les indicaba el lugar de encuentro de la calle d' Oléron, y así es como por sus cuidados el pequeño rebaño aumentaba y se formaba. Pero algo faltaba siempre, y era una cabeza. Esta parte esencial comenzó a crearse, para la rama de las hermanas, el día en que el Padre Coudrin y la Madre Henriette se encontraron en un mismo pensamiento que el cielo les había separadamente inspirado. En cuanto a la rama de los hermanos, se formó casi al mismo tiempo, cuando un mínimo número de jóvenes vinieron a colocarse bajo la dirección de nuestro fundador, como diremos después.

Para no interrumpir el curso de nuestro relato, vamos primero a aportar en detalle las diversas fases por las que pasó el establecimiento de las hermanas, antes de llegar a su primera forma de verdadera congregación religiosa.

## CONTINUACIÓN - 13

Annales 1876 – 77 (p. 588)

Una de las épocas más interesantes de la vida del P. Coudrin, es el periodo concerniente a los primeros orígenes de nuestro Instituto; pero es también uno de los que ofrece al biógrafo mayores dificultades. Ya lo hemos dicho: nuestra Congregación tuvo por cuna\* una piadosa Asociación cuyos miembros se diseminaron de tal modo que solo un pequeño número quedaron en la mano de nuestro Fundador como las primeras piedras de su edificio. Este fenómeno no sorprenderá a quienes han estudiado la historia de las órdenes religiosas; porque se ha repetido abundantes veces en el curso de los siglos. Para no citar más que un ejemplo: todo el mundo sabe que San Alfonso de Ligorio fue abandonado por la mayor parte de sus primeros cooperadores y uno de ellos traicionó indignamente su confianza. Se conoce igualmente la defección del hermano Elías, uno de los compañeros de San Francisco de Asís. Dios permite estas cosas para mostrar a los hombres que su concurso no es necesario en absoluto para el cumplimiento de sus designios; su elección totalmente gratuita, puede confundir las previsiones humanas, dejando de lado a los obreros más trabajadores, para quedarse con los que parecen más ínfimos y más cerca de la nada. Lo débil del mundo se lo escogió Dios para humillar a lo fuerte...lo que no existe, para anular a lo que existe (1 Cor 1, 27)

---

\* Por enésima vez hemos de recordar que no fue precisamente esto lo que fue la Asociación para la naciente Congregación, según las Memorias de la M-. Gabriel de la Barre, testigo de excepción. El ejemplo de A. M<sup>a</sup> de Ligorio no es válido, porque las Asociadas, en general, nunca pertenecieron a la naciente y poco a poco más desarrollada "Congregación", sino a la Asociación previamente instituida



Nuestros mismos libros santos nos ofrecen ejemplos memorables de un desafío semejante planteado por la sabiduría divina a los cálculos estudiados de la prudencia humana., hasta en el caso en que ella parece apoyarse sobre los principios de la fe. Samuel es enviado a Bethleem para designar, entre los hijos de Isaías, al que ha de suceder a Saúl. El primero que se presenta es Eliab. "¿Acaso será este, dice para sí mismo el profeta, el que el Señor ha escogido para ser su Cristo?" Pero una voz interior le responde: "No mires ni su aspecto, ni su talla vigorosa; porque no es él a quien he escogido, yo no juzgo las cosas por lo que aparentan a los ojos de los hombres; porque el hombre no ve mas que lo exterior, pero el Señor ve el fondo del corazón del hombre". Los siete hijos de Isaías pasaron sucesivamente ante los ojos de Samuel; y siempre la misma pregunta era seguida por la misma respuesta: "Tampoco a éste lo ha elegido el Señor". El octavo, con solo quince años, estaba ocupado en guardar los rebaños: era sobre su frente sobre la que debía correr el aceite santo. Dios es por tanto enteramente libre de sus dones.

Estas reflexiones intentan explicar cómo los primeros asociados del P. Coudrin, a pesar de la pureza y la rectitud de sus intenciones, a pesar de su celo incontestable y los talentos de los que dieron prueba, no eran esos a quienes Dios había escogido para trabajar en la fundación de la sociedad religiosa de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Digámoslo aún más claro: varios de los y de las que se enrolaron en aquella cofradía del Sagrado Corazón de Jesús, que ya hemos mencionado, fueron más bien un obstáculo que una ayuda para el establecimiento de nuestra Congregación.

Teniendo que hablar de cosas tan delicadas, habíamos dudado en un principio, preguntándonos si era ya tiempo de romper el silencio que habíamos guardado hasta hoy; pero considerando, de un lado, que varios escritores han ensayado escribir nuestra historia, o al menos hablar de nuestros orígenes, con datos imperfectos; pensando por otra parte cuánto importa que los miembros de nuestro instituto tengan nociones exactas sobre este asunto; encontrándonos por fin con toda naturalidad, llevados por la continuación de estas memorias, a tratar sobre esta materia, hemos creído que había que hacerlo con toda franqueza y sinceridad, proponiéndonos sencillamente dar a conocer la obra de Dios y sugerir así sentimientos de admiración y de gratitud en quienes hayan de leer este relato.

Como la primera cosa que se busca en una historia, es la exactitud de la verdad, comenzaremos por indicar las fuentes de que hemos tomado cuanto vamos a decir, para que el lector aprecie, con conocimiento de causa, el grado de confianza que le plazca concedernos.

Debemos citar en primer lugar las Memorias del P. Hilarión que fue uno de los primeros discípulos del buen Padre y que ha narrado, año tras año, y, por decirlo así, día por día, lo que ha sucedido ante sus ojos, o al menos muy cerca del tiempo antes de que viniera a colocarse bajo la dirección del fundador. Su narración es clara, preciosa y sin énfasis. Su trabajo es concienzudo: lo que lo prueba es que después de haber acertado primero demasiado fácilmente algunas notas poco exactas, no ha tenido temor de retractarse en sus escritos

posteriores, después de haber estado mejor informado. Es verdad que este religioso dejó más tarde la congregación de los Sagrados Corazones por motivos que no vamos a rebuscar aquí; pero afirmamos en la sinceridad de nuestra convicción que esto no quita nada al valor de las páginas que él había escrito mucho antes.

Un documento precioso, del que el P. Hilarión hizo un gran uso, fueron los escritos de Gabriel de la Barre. Esto es lo que él dice: "No puedo dejar de expresar mi desagrado porque varios papeles interesantes de esta buena hermana, su correspondencia con el buen Padre y la buena Madre, así como otros escritos no menos importantes que tenía en depósito, no han sido comunicados. Parece que una parte ha sido quemada después de su muerte. Felizmente yo tenía desde hace mucho tiempo entre las manos estas memorias sobre la Congregación que se extienden hasta el mes de marzo 1802, como también una selección<sup>1</sup> de lo que había escuchado, en 1801 y 1802, de boca de la fundadora. He tenido y tendré todavía varias veces ocasión de hacer uso de ellas.

Tenemos nosotros mismos ante los ojos estos preciosos manuscritos, que llenan ocho cuadernos in-folio, conteniendo 216 páginas. Su estilo es sencillo, pero conveniente; la ortografía se resiente de la educación de su tiempo. El P. Hilarión las ha copiado, en gran parte, con una fidelidad que prueba bien su escrupulosa exactitud. He aquí, por ejemplo, como Gabriel de la Barre comienza sus memorias:

"Los medios de que la divina Providencia se ha servido en el comienzo y en los progresos de la obra de los Celadores del amor de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, son conocidos por pocas personas; han estado ocultos bajo el velo de la humildad de los fundadores de esta orden<sup>1</sup>. Una gran parte de las maravillas que Dios ha operado en ellos y por ellos no será jamás descubierta. Intento escribir lo poco que conozco y de lo que he sido testigo ocular; pero no puedo decir nada de los acontecimientos sin hablar mucho de las personas a que se refieren. Escribiré lo que sé, lo que he visto y según me lo vaya descubriendo mi memoria. Y, aunque trataré de olvidar lo menos posible, estoy bien segura de permanecer bien por debajo de la verdad".

¿Se quiere ya saber quién era esta Gabriel de la Barre cuyo testimonio invocaremos a menudo? Según el biógrafo ya citado diremos que la hermana Gabriel [así escribía ella misma su nombre], conocida en el mundo bajo el nombre de Hélène de la Barre, había sido desde su juventud un modelo de piedad. Fue una de las primeras que entraron en la sociedad del Sagrado Corazón en 1794, con 23 años. La Madre Henriette fue recibida en esta misma cofradía, en 1795, como diremos enseguida. Poco después la Srta. Gabriel se convirtió en su confidente íntima y en una de sus más celosas cooperadoras. Aunque tuvo una salud muy delicada, abrazó con ardor la vida austera y penitente que la buena Madre propuso a sus primeras compañeras: practicaba la abstinencia perpetua, ayunaba frecuentemente y dormía sobre la plancha

---

<sup>1</sup> La intención del P. Coudrin fue en verdad la de formar una orden religiosa propiamente dicha; y es sobre ese supuesto como las negociaciones fueron tratadas en Roma en 1824. (Annales, T. I, p. 208)

de madera. Cuando en 1802 la Madre Henriette se fue a establecer en Mende una comunidad de sus Hermanas, confió la casa de Poitiers a la Gabriel de la Barre, que se mantuvo como superiora hasta el mes de mayo de 1829, época de su muerte. Antes de su último suspiro, renovó sus votos, exhortó a las religiosas que rodeaban su lecho a que conservaran una unión inviolable con su venerable fundadora y las exhortó a que permanecieran unidas estrechamente entre ellas por los lazos de la caridad. Estas fueron sus últimas palabras: "La santa voluntad de Dios". Era la última superviviente de las primeras hijas de la Madre Henriette, por eso la pérdida de esta excelente religiosa fue un golpe muy sensible para el corazón de la fundadora.

El Rmo. P. Coudrin estaba en Roma, cuando recibió la noticia de su muerte; esto es lo que escribió a la casa de Poitiers, el 30 de junio 1839, en relación con el fallecimiento: "Esperemos, mis queridos hijos, que la santa vida de la tan pura Sor Gabriel le habrá designado un puesto de virgen cerca del Cordero. Para mí, que la he conocido tan joven y la he visto siempre inocente, no me queda la menor duda que no sea nuestra abogada ante Dios".

Para completar esta noticia, transcribimos lo que la misma Srta. Gabriel escribía poco después de su admisión en la Asociación del Sagrado Corazón, en una página titulada *Réponse à mon frère* (Respuesta a mi hermano), que nos servirá a la vez para tener una idea más exacta del estado de esta sociedad en 1795:

"Sería necesario un corazón al que algunas chispas del amor divino le hubiesen fundido sus hielos, para conducir la pluma que trazara algunas líneas sobre la Sociedad que se gloria de tener lo más cerca al corazón de Jesús. Corazón de Jesús, objeto eterno del amor del Padre; corazón de Jesús ardiendo de un amor infinito por el Padre; corazón de Jesús que ha amado a los hombres hasta poner sus delicias en vivir entre ellos, corazón de Jesús, ¡oh, colmo de misericordia! no desdeñéis de venir a reposar en el mío; disipadle las tinieblas espantosas; amad su estupidez; hablad si queréis que yo hable. Que los rasgos de mi pluma sean rasgos de fuego; que ella describa, si es posible, la dulce y amable unión de varios corazones que habéis formado para vos y, por una vocación particular, llamados a no formar más que uno para amarnos.

"La sociedad del Corazón de Jesús representa, en cierta manera, la concordia y la unión feliz de los santos en el paraíso. Los santos cantan allí perpetuamente el cántico del Cordero inmolado sobre vuestros altares por los pecados de los hombres. Los santos no tienen otra ocupación que la de amar a Dios; así debe de ser la de los asociados. Los santos de cualquier edad, de cualquier estado, no se conocen y no se aman más que en Dios y por Dios: tal debe de ser la caridad que une a las asociadas entre ellas. Esta comparación es demasiado fuerte, ¿pero no es necesario, oh mi Dios, elevarse hasta la morada de vuestra gloria para hacerse una idea bastante grande de los seres creados a vuestra imagen que han consagrado todas las facultades que vos les habéis dado para amarnos y servirnos?"

"Si estos corazones, conducidos por aquel del dulce Jesús, dejan la contemplación de sus grandezas infinitas, ¡qué grandes son las ocupaciones exteriores a las que se entregan! Aliviar, consolar la extrema miseria de estas

vírgenes sobre las que la persecución en su oleaje ha pesado de un modo particular, instruir en los deberes de la religión a los jóvenes corazones que la ignorancia ha podido precipitar en el abismo de la herejía y del vicio, asistir a los desgraciados que la enfermedad aflige, para los que una eternidad de felicidad o de desgracia va a abrirse, que rodeados de padres pobres, indolentes o impíos, serán privados quizás de los socorros que la religión y la caridad ofrecen a sus necesidades. Si, gracias al cielo, la religión conserva todavía dignos ministros que han escapado al furor de la impiedad, pero están expuestos, todos los días, a ser entregados de nuevo, encontrarán en la Sociedad fieles que saben todavía imitar el celo de los Aquila y los Priscila.

Echando una mirada sobre el conjunto de esta feliz sociedad veo en ella confesores de Jesucristo entre los que unos, encanecidos bajo la fatigas del ministerio o por las cadenas que llevan por él, otros cuya fuerza de la edad y la salud no han podido resistir el exilio o los duros trabajos a los que se entregaron, consagrarán todavía, todos los días, su existencia a la gloria de Dios y la salvación de las almas. Veo en ella viudas y mujeres extender en medio del mundo en que se ven obligadas a vivir, el buen olor de Jesucristo y hacer respetar la religión aún por aquellos que la blasfeman. Veo en ella un gran número de jóvenes muchachas, felices de tener toda su libertad para entregarla al dulce Jesús, felices de no poder vivir mas que para él, mil veces felices de poder consagrar todas las facultades de su alma, todos los afectos de su corazón a servirle sin obstáculos, a amarle sin compartirlo, y poder esperar ser libres de derramar toda su sangre si fuera necesario, gota a gota, por él, por él solo, y de consumirse por amor en la inmensidad del amor. La diversidad de edad, de estado, de medios en todos los miembros de la sociedad, representa, este mismo conjunto, esa diversidad maravillosa que embellece todas las obras del Creador y donde el acuerdo en la morada de los bienaventurados hará un conjunto tan encantador.

Oh!, país mío afligido de males tan crueles, este tesoro escondido en este momento ¿lo estará siempre? ¿Ya no veréis más brillar el bello día en que la santa devoción del Sagrado Corazón de Jesús triunfará de los impíos y de los relajados cristianos? Feliz Sociedad, formada por los derribos de nuestros templos y de nuestros altares, ¿estás destinada a rehacerlos? Si fuera necesario, para obtener de la misericordia del Señor, sufrir todos los males que la impiedad proyecta todavía; si fuera necesario llevar sobre sí el peso de la cólera de Dios irritado; si fuera necesario gemir entre cadenas o perder la vida en los suplicios, a esta sola palabra la gloria de Dios lo exige, que no haya en la Sociedad un solo corazón que titubee o se eche atrás! Y se habría formado una justa idea del espíritu que debe animar esta Sociedad, si no fueran estos sus sentimientos".

Creemos que nuestros lectores nos estarán agradecidos por haberles comunicado íntegras estas líneas tan llenas de expansiones de una ardiente y generosa piedad; nos habrían sin duda reprochado la menor alteración que tendiera a corregir algunos descuidos de estilo.

Otro escrito salido de la misma pluma, coloca aún en una mayor luminosidad el espíritu que animaba a la venerable Madre de la Barre, y sin duda a otros varios asociados de la cofradía del Sagrado Corazón, en el momento en que esta Sociedad ensayaba formarse; los citaremos, como el precedente, con la misma fidelidad.

“La Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús tiene por motivo institucional la caridad bajo todos sus aspectos. La adoración perpetua del Santísimo Sacramento, la reparación y los ultrajes que Jesucristo ha recibido y recibirá, la caridad practicada con el prójimo por la limosna, la enseñanza, serán la base de sus ocupaciones; y el espíritu de inmolación las animará a todas. La dulzura y la humildad serán virtudes fundamentales de la sociedad. Un desprendimiento profundo de todas las cosas, y sobretodo de su propia voluntad, desprendimiento practicado con agrado cuando proviene del pacífico imperio que el amor de Dios tiene sobre el alma, será el camino que conducirá a estas virtudes. Cada acción de las asociadas, guiada por los motivos que acaban de ser designados, debe formar un anillo de la cadena que las ata y al mismo tiempo las conduce al cumplimiento de la voluntad de Dios. La obediencia será la única que habrá que escuchar para conocer el término y llegar a él. Esta obediencia debe estar en el corazón y no ha de pasar a las acciones sino porque está en el corazón. Habrá que proponerse imitar en esto el amor que ofreció Jesucristo obediente hasta la muerte de la cruz”.

Cuando la hermana Gabriel expresaba estos pensamientos, la cofradía en la que acababa de enrolarse no estaba aún más que en sus comienzos; su estructura era indecisa y era difícil de prever si los deseos de la piadosa asociada podrían realizarse. Era este estado de incertidumbre el que le inspiró además las líneas siguientes:

“Si llegamos a tener la felicidad de ver reflorar la religión en Francia, la Sociedad del Corazón de Jesús, ¿permanecerá siendo lo que es, o tomará una forma sólida y diferente?. Ignoro los designios de nuestros directores y de nuestros superiores. Expongo aquí con sencillez algunas ideas que he ido pensando.

“Se podría, me parece, formar una institución útil a la gloria de Dios, útil a las necesidades del prójimo desdichado y favorable a las diferentes vocaciones de personas que quieren servir a Dios de una manera particular, dividiendo la Sociedad en tres cuerpos: uno compuesto de muchachas que se consagrarían al retiro, al silencio, a la dependencia [obediencia], que vivirían reunidas en la misma casa, siguiendo la regla que creyeran conveniente y que se encargarían de mantener la adoración perpetua del Santísimo Sacramento; otra de muchachas que estarían unidas por las oraciones casi de la misma forma que la Sociedad existe hoy: el empleo de estas que permanecerían en medio del mundo, sería el de edificar por la regularidad de su conducta, tener cuidado de los pobres, de los enfermos y de la enseñanza de la juventud: brevemente, este segundo cuerpo podría seguir los reglamentos que se han dado hasta el momento a la Sociedad en general; por fin, un tercero de Señoras que casi

con los mismos reglamentos , se emplearían también en obras de caridad propias de su estado.

“Estos diferentes cuerpos estarían dirigidos por un cuarto, compuesto de sacerdotes vinculados a la devoción del sagrado Corazón de Jesús y que estarían unidos del mismo modo que lo están los que gobiernan hoy la Sociedad o con otra forma distinta que les conviniera”.

Gabriel de la Barre intenta aclarar, y aclararse, haciendo historia, de cuanto la rodea y está viviendo. Como se ve, quedaba aún mucha incertidumbre y vaguedad en el fondo de estos proyectos. Esto no debe sorprendernos: la *Hermana Gabriel* estaba llamada a seguir un sendero que otros trazarían ante ella; no tenía pues las luces que Dios reserva a los fundadores. Por otro lado, reconoció más tarde todo cuanto había de defectuoso en el ensamblaje incoherente de los elementos que la rodeaban cuando ella escribía lo que ahora acabamos de leer. Creemos un deber anotar aquí este deseo bien instructivo, que también reproducimos en toda su sencillez:

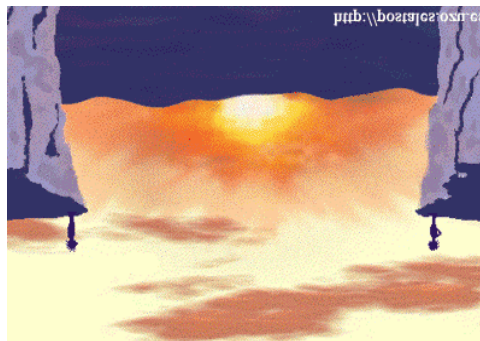
“En el mes de febrero o marzo 1795, se propuso a nuestra reverenda Madre (que entonces no era mas que la Srta. Henriette Aymer) para ser admitida en la Asociación de la que he hablado más arriba y que se conocía por el nombre de Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús. Su conversión había llamado poco la atención: no creían en ella todavía; fue rechazada y por fin admitida. No puedo, recordando aquella época, dejar de lamentar que en lugar de consentir a su admisión en esta sociedad, no hubiera comenzado por colocar los primeros fundamentos de nuestra orden: habría evitado todos los obstáculos que ha sido necesario superar después; pero Dios no lo permitió. Sin embargo la Asociación en que entraba no podía realizar sus puntos de vista y los designios de Dios”

Esta reflexión que la hermana Gabriel hace en sus memorias, puede leerse igualmente en un escrito que había dejado para que fuera remitido después de su muerte al P. Coudrin:

“No fue, dice, mas que por una especie de necesidad como nuestra Madre entró en 1795 en la Sociedad del sagrado Corazón; porque si desde los comienzos hubiera sido menos tímida y estado menos estorbada por las circunstancias, nos habríamos establecido independientes de esta primera Asociación, que se la mira injustamente como la cuna de nuestra orden, cuando no fue mas que el velo que la cubrió durante mucho tiempo. Es difícil decir todas las tristezas y las penas que nuestra Madre sufrió a causa de esto, para llegar al punto en que nos encontramos y hacer lo que ella sabía bien que era la voluntad de Dios”.

La exactitud de estas reflexiones aparecerá con evidencia en la continuación de nuestro relato. Allí se verá con claridad que el título de cuna de nuestra Congregación dado por ciertas personas a la cofradía del Sagrado Corazón, ensayada en Poitiers en 1793 y los años siguientes, no puede admitirse mas que en un sentido amplio e impropio.

## NOTA FINAL



Aquí y así, inacabada, finaliza la edición de estas *“Mémoires du Bon Père”*, que sin llevar firma de autor, sin duda se deben al P. Benoit Perdereau, ss.cc., iniciador y director de estos primeros volúmenes de *Annales*, que se publicaron entre los años 1872 a 1880, encuadernados posteriormente en seis tomos de 18 x 11 cms.

Hubo un vacío de cuatro años sin la publicación de los Annales, debido a las medidas de enfrentamiento del Estado francés contra las órdenes religiosas, hasta que, sin superarse las dificultades políticas que seguían ahogando la libertad de los religiosos, volvió a aparecer mensualmente a comienzos de 1894, en tamaño de 14 x 21 cms.. La decisión fue tomada por el Capítulo General celebrado en septiembre de 1893, habiendo sido nombrado como director el P. Prosper Malige, ss.cc., miembro del nuevo consejo del superior general, que editaría una biografía del Fundador en 1896. Pero esto es historia posterior.

De los seis primeros volúmenes de Annales de que hablamos, en los tres primeros encuadernaron el contenido de cada dos años (1872-1873 + 1874-1875 + 1876-1877). Los tres últimos llevan cada uno un solo año (1878 + 1879 + 1880). Como hemos anotado al correr de la traducción de las *Mémoires du Bon Père*, éstas se fueron publicando seguidas en artículos sueltos en cada uno de los tres primeros volúmenes (1872-1877).

Como se verá a continuación, aquí se terminaron con su título *Memoires du Bon Père*, para continuar en los años 1878 y 1879 bajo el de *Origines de la Congrégation des Sacrés-Coeurs*, que suponen una cierta variación de estilo y sobretodo de su contenido que, por ser así, está narrado con otra selección e interpretación de los acontecimientos.

(Se da a continuación el índice de esos *“Origines de la Congrégation”*)

## Orígenes de la Congregación

En ANNALES (libros pequeños del P. Perdereau, ss.cc.)

### 1878

26 – acontecimientos políticos después de la caída de Robespierre hasta Concordato.

151 - La Reverenda Madre Enriqueta entra en la Asociación.

413 – Votos de las asociadas, las "solitarias"

525 – Persecuciones, Andatierra, Protección de la Sma. Virgen, Muerte del obispo de Poitiers

### 1879

156 – Las primeras observancias religiosas

685 – Votos perpetuos

752 (758?) – Aprobación provisional.

### NOTA.-

Estos trabajos serían la continuación de lo que el P. Perdereau escribió en sus artículos sobre *"Memorias del Buen Padre"*. Al ser tan conocidos ya, después de leer las biografías del Buen Padre y el libro de Juan Vicente González, ss.cc., no parece que merezca la pena traducirlos como continuación. Pero no deja de tener interés una pre-biografía breve.

